
Editorial



Figura 1. Templo de la Santísima Trinidad (1892), ciudad de México. Archivo Boone-Canovas.

En el corazón de la ciudad de México, hacia el oriente, destaca el templo de la Santísima Trinidad, el cual desde 1567 —año de su fundación— ha desafiado la ruina y los siglos para dejar su impronta en las instituciones religiosas que ha alojado en sus recintos, pero también en el corazón de todos aquellos vecinos que tuvieron por morada a su barrio.

Fue a partir de 2008 cuando la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos se interesó en rescatar esa parte de la ciudad que desde siempre se había distinguido por su belleza y tradición. Al mismo tiempo un grupo de investigadoras —especialistas en la Historia del Arte y conocedoras del valor de los óleos y esculturas que albergaba el templo de la Santísima Trinidad— se acercaron al padre responsable del mismo, don Luis Hernández, para solicitarle les permitiera estudiar las colecciones de arte que habían pertenecido a los gremios que desde el siglo XVI y hasta el XIX ornaban los alta-



Figura 2. Portada del templo de la Santísima Trinidad, invadido por vendedores ambulantes. Periódico *Reforma*, Sección B, sábado 19 de febrero de 2005.

4 |

res y estuvieron expuestas al culto público. La respuesta fue positiva y queremos manifestar en estas líneas nuestro agradecimiento, pues de otra forma no hubiera sido posible la elaboración de algunos artículos aquí presentados.

Desde el lado oriente de la Catedral Metropolitana, la traza de la ciudad de México nos hereda calles y espacios en donde el trajín cotidiano de los habitantes nos ofrece un panorama sobre el proceso sociourbano del barrio de la Santísima Trinidad; es así como Eugenia Acosta Sol nos relata, en su estudio, los cambios que ha sufrido el barrio de la Santísima Trinidad desde la época prehispánica hasta el momento actual, explicando cómo se han refuncionalizado para continuar vivos y convertirse en un foco de atracción permanente de la población citadina.

Dos símbolos han modelado y definido la portada principal del templo y en general su arquitectura; nos referimos a la cruz redentorista trinitaria y a la Santísima Trinidad en su representación del padre compasivo; es Nuria Salazar Simarro quien nos reseña las múltiples intervenciones que

durante la época virreinal sufrió el templo y el hospital de San Pedro anexo a él: a partir de una exhaustiva investigación de archivo descubre que el encargado de su tercera y más significativa remodelación, entre 1775 y 1780, fue el arquitecto Ildelfonso de Iniesta Vejarano; asimismo proporciona información respecto a las dos remodelaciones anteriores, en donde destaca el trabajo de todos aquellos alarifes y trabajadores contratados en la obra material, así como de artesanos y artistas que elaboraron los retablos, obras pictóricas y el ajuar eclesiástico que daban servicio al templo y a las cofradías gremiales establecidas en él.

La congregación de San Pedro, que atendía el hospital del mismo nombre, así como la archicofradía de la Santísima Trinidad compartían un mismo espacio en el área del templo. Éstas, durante la época virreinal, construyeron inmuebles que poco a poco rodearon al templo; es sobre este tema que Ethel Herrera Moreno nos entrega un panorama del auge, decadencia y herencia de la manzana que perteneció al templo y a las dos corporaciones mencionadas; valiéndose de la cartografía y docu-

mentación histórica y gráfica nos recrea el estado actual de los edificios colindantes.

Alicia Bazarte Martínez, Paula Mues Orts, Gabriela Sánchez Reyes y Fermín Castañeda Colunga se aventuran por los rincones y corredores de la Santísima con el fin de escrudiñar cada objeto, cada óleo, cada escultura y cualquier vestigio de los siglos pasados, herencia de las más importantes cofradías gremiales del reino de la Nueva España, para recuperarlos del olvido y describir su belleza, valor artístico y su gran carga espiritual y devocional.

Un templo no es sólo una bella arquitectura, un objeto de arte o una torre desafiando el infinito; es su historia, su barrio, su gente, que le dan vida y conforman la memoria colectiva de la comunidad que a él concurre. Son Natalia Fiorentini, Cecilia Barraza y Mayte Málaga quienes logran convivir con los actuales feligreses del templo, y a través de ellos comunicarnos la percepción social y la permanencia de los rituales ancestrales para permitirnos revalorar y salvaguardar la herencia patrimonial y las prácticas inmateriales relacionadas con el patrimonio monumental de la Santísima.

El templo de la Santísima Trinidad desde su fundación amenazó con ruina total debido al acelerado hundimiento que presentó gracias a las características del suelo en que fue levantado, convirtiéndose en una verdadera preocupación para sus ocupantes, los redentoristas trinitarios, para los frailes del hospital de San Pedro y para todos los hermanos mayores de las cofradías gremiales que en él construyeron sus capillas y altares. Son Agustín Salgado Aguilar y Ángel Mora Flores quienes, desde la perspectiva de la revaloración de los monumentos históricos construidos en los siglos pasados, se comprometen con la restauración del inmueble tomando en cuenta los juicios arquitectónicos, estéticos y litúrgicos para devolverle su antiguo esplendor al templo de la Santísima



Figura 3. Templo de la Santísima Trinidad, revista *Eco Cinematografista*, órgano de información social, deportivo, cultural y político del Sindicato de Cinematografistas del Distrito Federal, enero de 1983. Agradecemos a Ana Eugenia Reyes y Cabañas habernos proporcionado la imagen.

Trinidad, para lo cual contaron con un cuerpo de estructuralistas de primer orden e hicieron uso del escáner láser, que es una herramienta tecnológica aplicada actualmente al patrimonio arquitectónico. El resultado lo podemos apreciar en el estado que guarda actualmente el templo, mencionando que mientras observábamos el progreso paulatino de la obra nos admiraba cómo se labraban nuevos bloques de cantera, cómo se reforzaba el piso del coro o cómo se consolidaban las columnas para devolverle al templo su solidez y su antiguo esplendor.

Quisiéramos agregar que en relación a la historia del templo de la Santísima, el siglo XIX fue funesto para las instituciones religiosas que, como las cofradías y gremios, se vieron asolados por las numerosas guerras dentro del territorio nacional; desde 1855 entraron en conflicto con el



Figura 4. Foto de cuando se filmó la película *De carne somos* (entre 1952 y 1955), proporcionada por un vecino de la Santísima Trinidad, a quien agradecemos su atención.

poder civil: el 25 de junio de 1856 Miguel Lerdo de Tejada promulgó la Ley de Desamortización de los Bienes de la Iglesia; el 30 de julio del mismo año se expidió el correspondiente reglamento, en donde se dio noticia de que la Santísima

empezó a desmembrarse y sus ocupantes abandonaron el lugar.

La congregación del Santísimo Redentor, fundada por san Alfonso María Ligorio en 1732, se hizo cargo del templo en 1909, promoviendo la devoción a la Virgen del Perpetuo Socorro, patrona de los redentoristas; su culto en el barrio de la Santísima y en la ciudad dio paso a la archicofradía de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, fundada en el templo en 1910, misma que ya celebró su jubileo de 100 años.

El esplendor de la Santísima en el siglo xx lo podemos situar entre 1920 y 1957, ya que rodeando al templo se encontraban los comerciantes en un enorme mercado ambulante: el de La Merced, que se trasladó en 1957 a su nueva sede. Nos dice doña Luchita Pastrana, mayordoma de la Virgen del Perpetuo Socorro —y que le costea su aniversario patronal cada año—, que su mamá y los comerciantes no escatimaban esfuerzo ni dinero para organizar las dos fiestas titulares del

6 |



Figura 5. Doña Luchita Pastrana, padre Luis Hernández y dos cofrades más, 27 de junio de 2009.



Figura 6. Don Artemio Portela y su esposa. Padre Luis Hernández y archicofrades de la Virgen del Perpetuo Socorro.



Figura 7. Estandarte de la archicofradía de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Seda rosa con bordados de plata.



Figura 8. Padre Luis Hernández y señoras Carmen y Gina, con la réplica del estandarte.

templo: la de la Santísima Trinidad y la de la Virgen del Perpetuo Socorro.

8 |

Cuentan doña Luchita y don Artemio Portela, cofrade mayor de la archicofradía del Perpetuo Socorro, que el barrio y la Santísima nunca han sido abandonados por los antiguos vecinos, a los que la vida les hizo cambiar de domicilio, pues ese “sigue siendo su rumbo”, y con emoción refieren que antaño se congregaban los domingos durante los oficios religiosos y la concurrencia era numerosa porque en el templo existían asociaciones de jóvenes y gente mayor que hacían lucir las ceremonias con su presencia y convertían el día de descanso en una constante romería a la sombra de la Santísima.

En este siglo XXI las devociones siguen aferradas a su espacio, siempre el 27 de junio, día de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, su grey nos ofrece un destello de lo que fueron las festividades de las cofradías gremiales de otros siglos: la iglesia se llena de flores, de música desde las siete de la mañana en que doña Luchita —en

memoria de la devoción de su querida madre doña Odila— ofrece las mañanitas a la Virgen, así como costea todos los oficios del día; a la salida de la misa de las siete de la mañana, doña Eva Hernández, quien vende tamales y atole en la calle de Academia, ofrece gratuitamente sus ricuras a los desmañanados asistentes. Prosigue la música en el pequeño atrio —desde las diez de la mañana y hasta la misa solemne de mediodía— con coro, órgano y sobre todo con la presencia de la única archicofradía que existe actualmente: la de la Virgen del Perpetuo Socorro, procesión de cofrades con sus estandartes.

Desde luego continuaremos asistiendo a la celebración anual para que la archicofradía, la Santísima y su barrio sigan adelante durante muchos siglos más.

ALICIA BAZARTE MARTÍNEZ*

Editora invitada

* Instituto Politécnico Nacional.